



EL ESCRITOR Y EL HOMBRE

SE ha equivocado usted de medio á medio, señor mío, al pedirme que dé alguna vez en estas mis correspondencias, noticias y comentarios sobre la vida y milagros de nuestros jóvenes escritores. No soy yo quien puede darlos, y aunque pudiese, no los daría.

Vivo en el apacible y fecundo retiro de esta dorada ciudad de Salamanca, en un casi espléndido aislamiento—para servirme de una famosa expresión inglesa—lejos de los cotarros de la Corte y de la compañía de aquellos cuyos nombres más suenan entre los jóvenes. Ni sé apenas de ellos ni trato de saber cosa alguna, pues como hombres no me interesan. Y claro está que al no interesarme como hombres habrán también de interesarme muy poco, salvo rarísimas excepciones, como escritores.

Soy, señor mío, de los que no aciertan á separar al hombre del escritor, ni su manera de ser

y de vivir, de su manera de producirse al público, y conforme voy entrando en años voy buscando cada vez más á través de los escritos con que apaciento mi espíritu, todo lo que haya habido ó haya todavía de bondad en las almas de los que los escribieron. Cuando después de haber leído algo puedo decirme: «El hombre que escribió esto me parece un espíritu puro y noble», quedo satisfecho de haberlo leído.

Me explico muy bien cierto recelo que buena parte del pueblo siente hacia los literatos, recelo que suele llegar no pocas veces á desprecio, cuando no á temor. Yo, que no puedo negar ser un literato, participo también de él.

Si me gusta ir, en cuanto tengo unos días libres, á Bilbao, mi pueblo natal, es porque allí me encuentro rodeado de un grupo de personas inteligentes y cultas, muy versadas en ciencias y en letras, de gusto fino y de variada lectura, pero que no escriben. Y la compañía de personas tales es lo que más debe apetecer todo aquel que escriba. Sus observaciones y consejos no vienen envenenados con el veneno de la envidia, que es el jugo fermentador de las almas de los literatos, ni proceden de ese miserable sentido de tecniquería profesional de que adolecen casi todos los del oficio.

Desconfíe, señor mío, de crédito de literato hecho por otros literatos. Los pianistas apenas

aprecian en otro pianista sino la virtuosidad de ejecución.

No hace aún muchos días traducíamos en mi clase de griego el principio de la biografía de Pericles, del buen Plutarco, y todo aquello que dice respecto á los artistas. Voy á recordárselo. Porque usted recordará cómo nos cuenta que oyendo Aristóteles alabar de buen flautista á Ismenias, dijo: «Sí, pero hombre insignificante, pues de otro modo no sería tan buen flautista», y nos dice también que oyendo Filipo á su hijo cantar con gran arte, exclamó: «¿No te da vergüenza de cantar tan bien?» Y añade: «Basta que un rey se dé algún vagar para oír á los que cantan, y cultiva lo bastante á las musas si se hace espectador de las luchas artísticas de los demás.» Y agrega el buen Plutarco que ningún joven bien nacido, al contemplar la estatua de Zeus, que había en Pisa, desearía ser el escultor Fidias, que la hizo, ni al ver la de Hera, que había en Argos, ser Políclito, ni menos ser Anacreonte ó Filetas ó Arquíloco, oyendo sus poemas. De estas cosas, dice, queremos el disfrute, y sólo se sienten los jóvenes bien nacidos movidos á imitar las acciones heroicas y virtuosas.

Claro está que no concuerdo del todo con el severo Plutarco, y que estimo que hay no pocas veces en que es acción virtuosa ó hasta heroica el hacer una estatua ó un poema; pero ni me

indigna el sentimiento plutarquiano, ni tampoco el desprecio que en muchas partes hay hacia los poetas, á los que el divino Platón, alma altamente poética, expulsó de su república.

Esa desconfianza pública hacia ellos la encuentro, donde existe, muy justificada. Porque no se puede ni se debe tolerar el que unos ciudadanos—y esto es lo primero que un hombre debe ser en sociedad civil—porque saben hacer unas cosas para agradar á los demás con más arte ó más destreza que otros hayan de tener una moral distinta. Es muy cómodo declararse candidato á genio para dedicarse á canalla. Así, como suena, á canalla.

Odio con toda mi alma la bohemia literaria, que entre otros menores vicios tiene el de la hipocresía, el del fingimiento. Conozco literato que, sin gustarle el vino, se dió á beberlo hasta emborracharse con él, nada más que para mantener su fama de literato. El poeta debe tener el pelo corto y el alma larga.

Carducci, el hombre indomable é integérrimo, el gran ciudadano de Italia, el excelso poeta civil, cuya grandeza como poeta le proviene de su grandeza como hombre y como italiano, Carducci, en el discurso que en 1876 pronunció á los ciudadanos de la Romaña y á los electores del colegio de Lugo cuando éstos lo nombraron para que los representara en el parlamento,

decía que el haberse dedicado á la poesía era la mancha original que, según sus adversarios, le excluía de la casta política.

«La verdad es—decía—que nuestros adversarios están de acuerdo con Platón, que fué el primero en expulsar á los poetas de la república, pero aquella república platónica era más lírica que una oda de Píndaro, y á Platón, además, le parecía que no estaba mal que los filósofos disputasen sobre el «logos» en las Cortes de los tiranos de Sicilia.

Solón, por el contrario, componía elegías, y pudiendo hacerse tirano de la patria, la dotaba de una constitución que hizo la gloria y la grandeza de Atenas. Al echar en cara, como calificativo de inhabilidad política, el nombre de poeta, los adversarios demuestran no conocer otra poesía que la de la Arcadia. Y no recuerdan qué temple de ciudadano tuvo Juan Milton, que hizo con poderosos escritos la apología de pueblo de Inglaterra contra las usurpaciones del Estuardo. Y no recuerdan que Alemania mandó á discutir en el parlamento de Francfort las leyes de su reconstitución nacional á Luis Uhland, por el mérito de haber cantado gloriosamente las tradiciones y las aspiraciones de su pueblo é ilustrado doctamente la historia de la poesía tedesca: y el noble viejo poeta estuvo á la altura de su gloria y fué digno de la confianza de la

patria soportando magnánimo los maltratos de la violencia militar que disolvió los últimos avances de la asamblea nacional. Y no recuerdan que caída en la ignominia, por los errores de un doctrinario, Francisco Guizot, la monarquía burguesa de Luis Felipe, un poeta, Lamartine, opuso durante días enteros su elocuencia y el pecho á los furiosos de la plaza, y, á riesgo de la fama y de la vida, salvó al menos el honor francés y la bandera tricolor. ¡Y en Italia, por haber hecho versos que no desagradan, se quiere quitarle á uno los derechos civiles! ¡en Italia! Presiento lo que pueden oponerme los adversarios.—No eres Milton, ni Uhland, ni Lamartine.—Ni vosotros, que arrojáis á los poetas del Estado, sois Platones.»

Hasta aquí el gran poeta civil italiano, que ha sido, sí, un Milton, un Uhland, un Lamartine, celoso y noble ciudadano como ellos, y no un poetilla de Arcadia que cantara con su caramillo—ó syringa, si queréis, para que parezca otra cosa—ninfas y faunos y sátiros y driades y caricaturas de una mitología desaparecida.

¿Esas nobles y fogosas palabras de Carducci están acaso en contradicción con las nobles y templadas palabras de Plutarco? Mucho menos de lo que á primera vista parece, creo. Y aquí podría aducir en prueba de ello otras palabras del mismo Carducci en que desarrolla la idea

de cómo la demasiada literatura perdió á Grecia y enerva á Francia.

Si, de literatura cuanto menos mejor, porque el reducirla es la manera más adecuada de hacerla más intensa.

Ayer no más hablaba de esto con un chileno inteligentísimo y muy culto, y, lo que vale aún más que esto, de ánimo generoso y limpio, Luis Ross Mujica, y me decía que acaso es una bendición para Chile, su patria, el que no pueda ostentar aún brillantes ingenios literarios, ni un poeta cuya fama haya recorrido el mundo. «Esperamos uno—me dijo—pero cuando lo tengamos será grande de veras.» Y yo admiré y aplaudí su fe, y convine en que, en efecto, es una bendición para su patria y sobre todo una promesa de robusto porvenir literario el que no la hayan llenado de mandolinatas y de gorgeos de caramillo arcádico.

Y ya que hablo una vez más de Chile y de cosas chilenas, debo en esta ocasión advertir á cierto árcade chileno, cuyas caramilladas se pierden allá en el vacío, y el cual árcade me escribía muy regocijado por ciertas palabras que yo escribí sobre la pesadez del estilo de Barros Arana, que no tiene por qué regocijarse por eso ni debe suponer lo que supone. Porque Barros Arana, escritor, sin duda, no muy ameno ni muy brillante, fué un noble, nobilísimo ciudadano, un

luchador del progreso, un alma intrépida y pura, y su obra, sea lo que fuere literariamente, vale más que las caramilladas todas de los árcades de la bohemia. Una vida puede ser un poema.

Entre alguno de estos mocitos, más ó menos arcádicos, ó más ó menos sobrehumanos, que riman renglones desiguales en honor de su compañera de una noche, ó cantando á Pan—lo escriben con letra mayúscula, pero se acuerdan del otro, del pan minúsculo—entre algunos de estos exquisitos, digo, se lleva mucho el despreciar la patria y el patriotismo, sentimiento éste, dicen, de gentes adocenadas, de burgueses filisteos y de espíritus prosáicos. Lo de estar desengañado de todo y falta de todo entusiasmo les parece cosa muy delicada y muy poética. Y cualquier canto que brote de hondas inquietudes trascendentales, paréceles cosa cursi.

En estos últimos años el campo de la literatura, y el de la poesía en especial, había sido invadido por un rebaño de esos árcades bohemios que jamás se han acordado ni de la patria ni del hogar.

Decía una vez Campoamor, hablando de Quintana, que no podía convencerse de que fuera poeta un hombre que jamás tuvo una nota ni para Dios ni para la mujer, y yo digo que me cuesta, por mi parte, convencerme de que lo sea quien jamás tenga una nota ni para la patria ni para el hogar. Aunque bien sé, que

tanto la opinión de Campoamor como la mía parecerán unilaterales á los que no tienen idea clara de lo que la unilateralidad es.

Esos árcades bohemios, de caramillo en ristre, sin patria y sin hogar, no han hecho sino convertir la literatura en opio para adormecer inquietudes que deben estar siempre despiertas, y en pura techniquería para recreo de los profesionales.

Pregunte mi señor B. D. F., por su vida privada, pero pregúnteselo á otros, no á mí, que sabiendo poco, muy poco, poquísimo de ella, sé mucho más de lo que quería saber.

¿Qué esto me lo dicta un espíritu duro, insimático, incaritativo, nada cristiano? No, yo no me meto en su vida, ni por ella en rigor les acusaría si no se metiesen á estropear lo que debe ser fuente de elevados sentimientos sociales. Que se caullen y que hagan lo que mejor les venga en gana.

«Y luego—me decía una vez uno con quien hablaba de estas cosas—estos poetas—se refería, claro está, á los de la Arcadia, que dijo Carducci—son tan ingratos.... todo lo que se les hace, creen que les es debido por su excelencia. No se acuerdan ni de patria ni de hogar en que se les hubiese recibido con los brazos abiertos, dándoseles el pan y la sal y el fuego y el techo.» Y entonces le conté yo lo de uno de estos «aristos» que refugiado, maltrecho, pobre y naufrago de malandanzas de la vida, en el hogar de un


generoso amigo, que tenía la desgracia de tener una mujer no muy en sus cabales y víctima de morbosas afecciones, aprovechó estas flaquezas de la desgraciada, para pagar la nobilísima hospitalidad del amigo. En cuanto uno sabe esto, se explica al punto el especial sentimiento de vacío que deja la lectura de sus artificiosas cadencias.

Usted recuerda muy bien, señor mío, la definición que del orador dió Quintiliano, al decir que es el hombre bueno, diestro en el arte de hablar, «vir bonus dicendi peritus». Y esto que Quintiliano dijo del orador debe extenderse á todo literato.

No que un escritor no pueda serlo muy grande teniendo defectos morales y hasta muy graves, pero hay defectos, y hasta crímenes, que se compensan con generosidad de espíritu. Cristo perdonó á la Magdalena porque, aunque pecó mucho, había también amado mucho, y al que mucho ama se le perdona mucho. ¿Pero esos sujetos de que hablábamos, han amado acaso mucho? ¿han amado á alguien que no sea ellos mismos? ¿es amor lo que como tal cantan? ¿no es más bien pura sensualidad, y por debajo puro egoísmo? ¿soñaron jamás en la grandeza de su patria y en aportar á esta grandeza un hogar limpio y sano, aunque no les haya sido dado realizar su sueño? ¿fueron alguna vez real y hondamente sociales y civiles?

Carducci, en el discurso á sus electores habló de Lamartine. Cuando recuerdo la actuación política y social de este nobilísimo espíritu me explico por qué su dulce é insinuante poesía me cala mucho más dentro del alma que los resonantes y grandilocuentes versos de Victor Hugo, que por estimarse superior á su patria, no la sirvió al modo de aquel. Comparad hombre con hombre, y podréis luego comprender mejor la diferencia que hay de poeta á poeta.

Y ahora, mi señor B. D. F., respecto al caso concreto de que al fin de su carta me habla, respecto á ese banquete que dice proyecta hacer se dé á ese árcade bohemizante que les ha caído como mensajero pánico de otro pueblo, sí, dén-selo enhorabuena, coman y beban copiosamente en él, y de sobremesa entonen un coro báquico y afrodisiaco, acompañado de caramillo y rabel, pero esté bien prevenido para cuando el vate se vuelva á la tierra en que nació—no digo «su» tierra, porque suya es la tierra toda, ó al menos así lo cree él—que no dejará entonces de ponerles á ustedes todos en solfa y de exclamar entre bostezo y bostezo, tendido en una hamaca: «aquellos pobres muchachos...» y de esa su tierra de ustedes habrá que oír lo que diga el árcade de las tierras pánicas.



MALHUMORISMO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

MÁS de una vez se me ha ocurrido pensar si eso que llamamos humorismo no estaría mucho mejor llamado malhumorismo, y los humoristas malhumoristas.

Gran trabajo se han dado los críticos, historiadores de la literatura y preceptistas para señalar nos las diferencias que hay entre lo cómico, lo irónico, lo satírico, lo sarcástico y lo humorístico.

Desde luego la ironía — «eironeia», como dicen algunos que seguramente no saben griego, tal vez para hacernos creer que lo saben — es algo genuinamente helénico y luego francés.

Famosa es la ironía socrática tal cual se nos revela en los diálogos de Platón, y hasta en las mismas tragedias griegas no faltan rasgos de ironía. Y hoy en día el más justamente celebrado ironista es Anatole France. Y esta ironía implica en el fondo aquel célebre apotegma francés: «tout comprendre, c'est tout pardonner», el comprenderlo todo es perdonarlo todo.

La ironía nace de un cerebro agudo, sutil y clarividente, regado por un corazón blando; es

de almas en las que el sensualismo ahoga la pasión. Brota y florece en pueblos de sentimientos moderados, en los que rige el «ne quid nimis». Refleja el triunfo del buen sentido sobre la pasión.

Y he aquí por qué nosotros los españoles difícilmente podemos alcanzar la ironía griega ó la francesa. Nos apasionamos en exceso, y pasión quita conocimiento. Para ser irónico, para manejar esa agridulce chunga, es menester no indignarse de verdad. Cuando uno se indigna de veras contra alguien ó contra algo, aunque quiera ser irónico, resulta sarcástico ó insultante. Y así nosotros cuando queremos burlarnos insultamos.

Un amigo mío, portugués, hombre sutilísimo y muy culto, explicándome una vez las razones de su admiración por el gran Camilo Castello Branco, el estupendo novelista portugués, y como lo prefería con mucho—lo mismo que á mí me pasa—á Eça de Queiroz, á pesar de la boga que éste ha alcanzado, me decía: Eça es falso, es artificioso, su ironía es una cosa rebuscada y de imitación, de moda ó de escuela, es algo que no le brota de las entrañas portuguesas, algo pegadizo, se ve la receta en ello, y en cambio el sarcasmo de Camilo es espontáneo, violento, pasional, y sobre todo profundamente portugués. Eça es cosmopolita, mejor dicho, es francés traducido al portugués; Camilo es nuestro, es vernácula, es portugués, acaso lo más íntimamente portugués

que hay en nuestra literatura. Camilo es incapaz de ironía; ó su cabeza está por debajo de ella, ó su corazón por encima.

A estas observaciones de mi amigo sólo tengo que añadir lo que en una de sus conversaciones conmigo me dijo una vez Guerra Junqueiro y es que Camilo es ibérico, no ya portugués, y acaso más español que no portugués. Camilo refleja no algo privativo del alma portuguesa, sino lo que ésta tiene de común con el alma española; refleja el alma ibérica. Y me habló del parentesco que hay entre Camilo y Quevedo.

El corazón de Camilo, en efecto, era demasiado tumultuoso y encendido para satisfacerse con la ironía. Camilo insulta. Y el que quiera ver todo lo trágico del sarcasmo camiliano no tiene sino leer entre líneas aquella especie de biografía de Laura, la cantada por el Petrarca, que escribió. Murió Laura y su cantor tuvo la insolencia de sobrevivirle treinta años. (Creo que son treinta, pues no tengo aquí el libro y no es cosa de ir á buscarlo sólo para esto). Lo cual quiere decir: si yo, Camilo, el portugués, hubiese escrito tales sonetos al morir Laura, me pego un tiro, y si nó es que no soy más que un farsante.

No quiero yo decir que no hayamos tenido en España ironistas y ahí está Valera, que lo era muy exquisito. Pero hay que tener en cuenta que el autor de «Pepita Jiménez» era un andaluz de los

finos y el tipo fino andaluz tiene no poco de helénico y su coba mucho de sutilísima ironía.

Ahí, en América, D. Ricardo Palma es el más exquisito cultivador de la ironía que yo conozco, y acaso se deba, como más de un crítico, y entre ellos José de la Riva Agüero, ha indicado, á que en el Perú, con el clima moderado é igual y la vida blanda, dulce y fácil, se ha formado un alma que no deja de tener sus analogías con el alma francesa y tal vez con el alma helénica.

Pero aunque puedan darse ironistas en España y se hayan dado de hecho, la ironía resulta aquí una planta exótica.

La ironía misma de Jacinto Benavente, tan justamente celebrada, es de un acre amargor que no tienen, en general, ni la helénica ni la francesa; es una ironía que llega con frecuencia, casi siempre, al sarcasmo y que en muchísimos casos es humor á la inglesa. La de Benavente no es sonrisa, sino un contraído gesto de dolor y de asco, que la disimula ó finge. Y por eso resulta tan español, tan profundamente español Benavente, uno de nuestros más castizos escritores.

Repito que los españoles somos poco capaces de esa blanda, suave é indulgente zumba del que todo lo perdona, porque todo lo comprende. Estamos más expuestos á condenarlo todo, no sé si por no comprender nada ó por comprender demasiado bien. Y el fondo de todo ello es que

no solemos estar bien avenidos con la vida. Somos, en el fondo, pesimistas.

Siempre he creído ver una íntima relación entre nuestros satíricos, moralizadores y graves, y nuestros místicos y escritores ascéticos, moralizadores también tanto ó más que contemplativos. Y no sin razón hay quien coloca á Quevedo entre los místicos. Mejor acaso sería colocarlo entre los ascéticos. Su libro sobre el gobierno de Dios y el régimen de Cristo lo patentiza. El grave y agrio D. Francisco tenía más de escritor ascético que de otra cosa. Su burla tiene siempre un agrio dejo de dómine.

Y he aquí por dónde nuestra sátira, nuestro sarcasmo, se parece más al «humour» inglés que no á la ironía francesa.

Y sin entrar á dilucidar qué sea el humor, conviene fijarse en el origen fisiológico de este vocablo. Sabido es lo que llamamos humores del cuerpo. Y el humor, en efecto, me parece que casi siempre es de origen no ya fisiológico, sino patológico. El humor suele ser un malhumor, engendrado tal vez por dispepsia. El humor suele ser hijo del spleen ó murria, y la murria proviene de que se hacen mal las digestiones ó de otro motivo análogo.

Lo cual, entiéndase bien, no es denigrar ni rebajar el humor y el humorismo, sino tal vez—y en mi opinión, seguramente—exaltarlo. Acaso

no puede apreciar el verdadero valor de la vida, sino un enfermo. El hombre sano vive en perpetua ilusión y en perpetuo engaño, olvidándose de que tendrá que morir un día. Y el enfermo, en cambio, sobre todo cuando es aprensivo, tiene de continuo ante sí el «morir habemos», y á la luz de esta soberana sentencia ve el mundo tal como es y lo aprecia en su justo valor.

Leyendo hace pocos días en la magnífica obra que mi amigo el profesor Andrew D. White, presidente que fué de la Universidad de Cornell y Ministro de los Estados Unidos en Alemania y Rusia, dedicó á la guerra de la ciencia con la teología en la cristiandad («A History of the warfare of science with theology in Christendom»), obra que me propongo hacer traducir íntegra al español, me encontré con un párrafo en que, hablando de Carlyle, con la acritud de un yanqui contra aquel malhumorista, que tan despiadadamente trató á los yanquis, nos dice que se burló de Darwin «con la petulancia natural en un eunuco dispéptico». Y esta recia invectiva fué para mí, que antaño leí tanto á Carlyle, y hasta le traduje, un rayo de luz. ¡Un eunuco dispéptico!

Es evidente que Carlyle, prototipo de humoristas, fué un hombre amargado, gruñón, y es muy fácil que fuera dispéptico. Sólo que faltaría averiguar el origen de su dispepsia, y si lo era, si el mundo en que vivía fué el que le estropeó el

estómago. Y me parece, por otra parte, muy natural que viviera molestado por no tener hijos, fuese ó no capaz de hacerlos.

El mal humor de Carlyle es evidente y la morbosidad de su espíritu más evidente aún. Y repito que con esto, lejos de querer rebajarle, busco exaltarle. Y si acudimos á otro formidable malhumorista, al más amargo y más cáustico tal vez de los humoristas, á Swift, ¿quién no ve el mal humor y la morbosidad de este tétrico irlandés?

Hay que desengañarse, el hombre perfectamente sano — y gracias á Dios, no creo que pueda darse tal hombre — el hombre que sea una perfecta ecuación fisiológica, será un excelente gañán, pero también un burro de reata y un majadero de solemnidad. El agua químicamente pura es impotable y la sangre fisiológicamente pura no puede llevar al cerebro aquellos estimulantes, siempre de origen más ó menos tóxico, que nos hacen pensar algo más que para vivir.

Se dice que los artríticos suelen ser gente de aguda mentalidad y hay quien se ha puesto á dilucidar si es que se han hecho artríticos por ser vivos y despejados de inteligencia, ó si es la vivacidad y despejo de ésta lo que les trajo la artritis. Ambas cosas á la vez. El hombre inteligente y de corazón, el que no es un porro, se preocupa é inquieta más que el torpe, lleva peores ratos, sufre más insomnios, toma más disgustos.

tos, y, naturalmente, se le vicia la sangre y da en artrítico, y la artritis á su vez le hace preocuparse.

Conocido es el aforismo aquel de que todo cardiópata viene á dar en neurópata. El corazón nos altera los nervios y los nervios nos alteran el corazón. Y es muy cómodo ir y decirle á un paciente que tenga que vivir en el mundo y del mundo y que sea sensible é inteligente que no se tome disgustos ni malos ratos. ¡Cómo si eso dependiera de nosotros! Puede evitarse acaso el que á un hombre inteligente y sensible le pongan de mal humor las desgracias ó las torpezas de su patria ó le irriten las tonterías ó las maldades de sus semejantes?

La sensibilidad y la inteligencia suelen ir de par; el tonto es casi insensible. Un majadero, por bueno que sea, no puede sentir la muerte de un hijo como la siente un hombre inteligente.

Guillermo James, en su tan conocido libro sobre las variedades de la experiencia religiosa, hace notar que con decir que Santa Teresa era histérica — y nos lo dice ella misma, que describe su enfermedad — nada se ha dicho contra su doctrina. Es como si para desvirtuar el descubrimiento de un químico se dijera que éste padece del hígado. Y voy más lejos, y es á suponer que acaso llegue día en que uno que tenga cualquier extraña enfermedad de la vista haga un descubrimiento astronómico ó biológico y precisamente

por tener la vista enferma y permitirle su enfermedad ver á través del telescopio ó del microscopio lo que á través de él no vieron los demás mortales de vista normal.

¿Vista normal? ¿Y qué es esto? ¿Qué es lo normal? Léase en uno de los humorísticos prólogos de Bernardo Shaw á sus feroces comedias unas atinadísimas consideraciones sobre esto de la vista normal.

Nadie, creo, sabe bien lo que es normal, y en último caso, lo normal resulta puramente teórico y abstracto. No hay, me parece, un hombre fisiológicamente normal. Todos estamos más ó menos enfermos, y los más de nosotros vivimos de nuestra enfermedad, cada cual de la suya. Y hasta nos jactamos de ella y nos envanecemos.

¿No ha observado acaso el lector cuánto gustan los hombres de hablar de sus propias dolencias y que les hablen de ellas? Si se hiciera una estadística de los asuntos de conversación, sobre todo entre gentes del pueblo, se vería que el tema de la salud y la enfermedad entra en una relevantísima proporción.

Y los esfuerzos que se hacen para curarnos de una enfermedad cualquiera no son sino esfuerzos para producirnos la contraria. Hasta la gimnasia no tiende, ni con mucho, á hacer hombres normales. Un atleta no es un hombre normal, y con frecuencia es un dispéptico. Y si se me dice que

la gimnasia pedagógica no tira á hacer atletas, diré que hasta esa gimnasia no normaliza ni mucho menos.

Y en cuanto á los deportes ó sports, ¿quién duda de que propenden á desnormalizarnos, sobre todo por lo que hace al cerebro, cuya función de pensar nos es hoy tan fisiológica como la función de respirar los pulmones? Y sobre el peligro que hay en los deportes, de que lleguen á producir una generación de brutos, voces elocuentísimas se han alzado en Inglaterra y los Estados Unidos, donde el deportismo llega á ser una verdadera enfermedad.

Es inútil querer librarnos de las enfermedades, y además de inútil es dañino. El problema estriba en acomodarnos á ellas de tal modo que no nos molesten sino lo preciso para que no durmamos en las pajas y que podamos vivir con ellas todo el tiempo preciso para sacar adelante á nuestros hijos y dar guerra á los enemigos de la vida ó de la verdad.

El progreso humano estriba en asimilarlos las enfermedades. El día en que nos asimilemos el microbio de la tuberculosis y logremos que viva en nuestra sangre sin peligro para nuestra vida — es decir, sin que acorte en nada la vida media — ese mismo microbio ó sus deyecciones tóxicas serán un estimulante para nuestra actividad mental.

El bueno de Lombroso escribió todo un libro

sobre el parentesco entre el genio y la locura, libro, sin duda, lleno de sofismas y sobre todo de peticiones de principio y donde se empieza por determinar, previamente al criterio dependiente de los resultados, que sea genio y que no, pero no cabe duda de que hay un fondo de verdad en su tesis. Todo hombre que no se limite á comer, beber, dormir, jugar y reproducirse, es un hombre enfermo. Y hasta en el jugar hay su parte de enfermedad.

Y acaso una de las buenas definiciones que del humorismo pueden darse es decir que es la visión del mundo á través de una enfermedad, no ya de un temperamento.

En un país húmedo y frío, donde han de producirse fácilmente el artrismo y la dispepsia, ha de haber malhumoristas, y los ha de haber donde las bruscas oscilaciones de temperatura y de presión traen de continuo al corazón en jaque.

Por lo que á mí personalmente hace, puedo asegurar á mis lectores que nunca tengo más ganas de ejercer mi facultad satírica ó humorística — y no digo ironista, porque la ironía se me escapa — que cuando estoy de mal humor ó se me exacerban las aprensiones por el estado de mi salud.

Ved, pues, cómo para justificarme forjo teorías. Es lo humano.